



Crédito imagen: Andrés Maturana, basada en Beatriz Garcés y PGamboa

ARTE Y ESPACIO PÚBLICO

ubierta

SEMANA 1: CALLE E INSCRIPCIONES

LECCIÓN 1.1 Lecturas de la calle como espacio de inscripción y huellas de experiencia

Los registros gráficos que recoge la historia nos muestran que, desde hace más de 25 mil años, el ser humano ha dejado su marca en espacios que habita y comparte. Desde que se agrupaban en pequeñas comunidades, más tarde en pueblos o en ciudades, esas marcas han sido manifestaciones o formas de hacer visibles nuestros deseos y miedos, y materializar nuestra conciencia de mundo, ya sea individual o colectiva.

2

A veces también, como una experiencia simple, común a muchos de nosotros, ha sido parte de un juego. Como cuando alguna vez grabamos con un punzón o escribimos en el banco del colegio, en la pizarra, el banco de la plaza, alguna muralla. Hoy en día, por ejemplo, los *tags* y otras formas simples de graffiti muchas veces dejan su mensaje encriptado, tantas veces con el deseo de marcar un territorio, a veces sólo jugando con el cemento a medio secar de una calle.

El hombre paleolítico rasguñó surcos en las paredes que habitaba, lugares en común, como gesto primordial de incidir en la dimensión de las cosas. En el siglo XX, el fotógrafo húngaro Brassai recorría las calles de París y registraba las huellas de punzones que habitantes anónimos grababan en los muros, como un juego, como desahogo, entre muchas razones difíciles de definir aún.

El hombre primitivo dibujó y pintó animales que eran sus objetos del deseo, como parte de un ritual de sobrevivencia: aquello le daría éxito en la caza. Dejó también las marcas de sus manos soplando sobre un pigmento como si se tratara de un stencil, marcando su presencia efímera, apropiándose del mundo. Esto lo hizo de la misma forma en que hoy en día encontramos las marcas de cientos de stenciles en las calles, como forma de apropiación, comunicación con otros también. Nada de eso ha cambiado mucho.

Calles: espacios de comunicación.

Las calles de nuestras ciudades siguen siendo espacios de comunicación, donde cualquiera anónimamente puede dejar inscrita una fracción de su vida, por insignificante que ella sea. Los muros de nuestras calles son como páginas escritas, sobrescritas, borradas y vueltas a escribir, con una historia tan densa que es imposible de contar. Siempre hubo alguien más ahí, antes que nosotros, que dejó sus rastros casi siempre invisibles, ahí nunca seremos ni los primeros ni los últimos y esos rastros van quedando ahí, capas sobre capas, para siempre encubiertas en el verosímil de la ciudad. Así, una ciudad es un gigantesco inventario de inscripciones de humanidad, cada una parte de un posible memorial.



Imaginemos que la ciudad es como nuestro aparato psíquico, siempre afectada por los múltiples sucesos y experiencias de nuestra vida. Todos van dejando una pequeña marca o inscripción, rastro, o vestigio en nuestra memoria; una cubre -aparentemente borra- a la otra. Creemos que olvidamos, como las marcas de memoria que acumula o esconde cualquier muralla o rincón de la ciudad, por más que se quiera o se intente borrar.

El creador del psicoanálisis, Sigmund Freud, al elaborar la teoría del subconsciente, afirmó que nada puede sepultarse, todo se conserva de algún modo y puede ser traído a la luz de nuevo en circunstancias apropiadas. Esto es algo así como la fantasmagoría o cuerpo psíquico en las calles: las huellas que van quedando, a veces como rastros imperceptibles, contienen siempre, e insinúan para quien esté atento y quiera ver, la presencia inmanente de una pequeña historia.

Porque, aunque de pronto no nos muestre ni diga nada muy grandilocuente, es difícil definir una narración de lo que apenas es un fragmento quebrado. Quizás, entonces, sólo es posible ficcionar, imaginar esas historias que contienen, siempre en forma muda, esas marcas, trazos, inscripciones huérfanas como ruinas sin nombre, nunca tienen un nombre que les dé pertenencia, sin testigos que la hagan perdurar.

Cicatrices patrimoniales

Hay lugares que están densos de patrimonio o memoria intangible. Intangible es lo que no se puede tocar, o lo que no tiene material, pero podemos aventurar que sí se puede experimentar algo ahí, intuirlo, o como se le quiera llamar a esa clase de inmanencia. No hay cuerpo visible, pero sabemos que algo sucedió ahí y que quizás ha dejado rastros imperceptibles que se manifiestan entremedio de los cuerpos, de las cosas de la ciudad.

En ese sentido, el arte, contrario a lo que se podría pensar, no siempre se ha preocupado de las grandes obras humanas en el espacio público, su arquitectura y monumentos; ni de las grandes obras murales, por ejemplo, que quieren siempre instalar un sentido colectivo. También a veces busca en lo pequeño, para constituirse en testigo, registrar, dar nombre y sentido, hacer visible para otros esa escritura muchas veces torpe y espontánea que tantas veces parece no ser nada, o simplemente impertinente; que sin embargo tiene un origen vital y son parte esencial de una vida individual o colectiva.

Muchas veces estas marcas o vestigios son como cicatrices que se quieren disimular y nunca se pueden borrar completamente; son como las marcas patrimoniales de nuestro cuerpo, en este caso, al cuerpo de la ciudad: casi invisibles, imperceptibles, pero que desde la mirada de un artista se pueden develar. Antes de ello, quizás estas marcas se encontraban en la orfandad, fuera de todo significado. Alguien debía nombrarlas como cicatrices, mostrarlas para otros para que se anclaran en una historia.



La ciudad como soporte de la vida

Imaginemos también qué dibujo quedaría si trazáramos líneas del recorrido que cada uno habitó o vivió en nuestras calles; si se pudiera revelar el sonido de las voces de todos los que ahí han hablado alguna vez, porque nunca seremos ni los primeros ni los últimos.

Imaginemos también un mapa donde pudiéramos ver marcado cada hito importante de la vida de cualquier persona. Felipe Poblete, un joven artista que ya no está con nosotros, dedicó varios años a diseñar un mapa donde reconstruía la historia de los sucesos que marcaron la vida de su padre: su obra finalmente sería ese mapa. En él podríamos pensar la ciudad ya no sólo como un espacio de circulación, hábitos, múltiples rutinas que vamos adquiriendo desde muy niños, sino que podríamos también entenderla como la representación gráfica de una vida a partir de los sucesos que vamos señalizando, los sucesos fundamentales que fueron constituyendo una vida.

Porque el arte no se trata necesariamente de las grandes ideas y conceptos que una sociedad construye, tampoco de las grandes obras que debemos contemplar pasivamente, con silencio y respeto. El arte se trata también -y así ha quedado expresado en muchos momentos a lo largo de la historia-, de la vida, del deseo, de las obsesiones y de la imaginación de cada uno. Porque si el arte no se trata de la vida, ¿de qué se trata?

La calle, espacio de posibilidades

Entonces, el arte propone abrir la mirada hacia la calle, sensibilizarse a lo que ella contiene, ser capaz de nombrar, de registrar y por lo mismo, de poetizar esa experiencia. El arte puede traer nuevamente a la luz, objetivar al menos en la palabra, en imagen o señalar lo que se agita en cada palmo de cualquier ciudad, para darse la posibilidad de experimentar, tocar o simplemente señalar lo que es pura huella en ruinas y orfandad.

Pero, ¿alguna vez nos asomamos a intentar ver todo eso? La calle la entendemos habitualmente como vía de circulación, tránsito cotidiano de un lugar a otro, lo que el filósofo chileno Humberto Giannini llama como el movimiento entre el *ser para sí mismo* (la casa, la intimidad, el domicilio) y el *ser para los otros* (el trabajo, el lugar donde se estudia, los lugares del consumo). En medio de estos hitos está la *ruta*, que es al mismo tiempo rutina.

La ruta generalmente la vivimos de forma ciega, de manera sorda, transitamos adormecidos, mecánicamente, de un lugar a otro, porque generalmente eso es lo único que se espera de nosotros. Entonces, quizás se trate de doblar en la esquina donde no se tiene que doblar, bajarse de la micro o en el metro y enfrentarse a calles a las que sólo veíamos a través de la ventana, para en cualquier punto sólo detenerse y observar. Los sentidos nos pertenecen, no sólo están condicionados o enajenados a la dimensión práctica de la vida cotidiana.



Este quiebre en las rutinas hace que la calle se abra como un espacio de posibilidades y encuentros, ese lugar de confluencia de nuestra humanidad desnuda. Es un recorrer simple, desnudo y sin razón útil aparente; el tiempo parece pertenecer a quien callejea. Ahí no se tiene ni se lleva nada importante, pero sí está todo por descubrir o experimentar.

Entonces, caminar así es una forma de emancipar la imaginación, reivindicar la propia existencia como centro en el entorno generalmente hostil de una ciudad. Entonces hay que buscar, visitar la ciudad, comenzar a construir el relato de la propia historia y la de otros.

5

Para citar este material educativo:

Sanfuentes Von Stowasser, Francisco (2016) "Lecturas de la calle como espacio de inscripción y huellas de experiencia". Material del curso "Arte y Espacio Público", impartido en UAbierta, Universidad de Chile.



Obra acogida a licencia de Creative Commons Atribución-No Comercial- CompartirIgual 4.0 Internacional.

